

A Coruña

Dora Martínez Romero, 74 años

Erika Perez Iglesias, 21 años

COARTADA

Vivían frente por frente y eran compañeras de juegos. Su barrio era entonces un suburbio coruñés recorrido por carros tirados por caballos, pocos coches y un tranvía que atravesaba la ciudad de un extremo a otro. La explanada que separaba sus casas no tenía salida así que la calle era suya.

Desde los seis años habían ido a la escuela juntas, por lo que compartían juegos y aventuras. Pero la verdad es que no podían ser más distintas; ella tranquila, no se llevaba un mal rato por nada y Dora activa y preocupada por todo. Marifé era una persona con un carácter especial y Dora tuvo el privilegio de ser su amiga.

Fueron creciendo y ya desde muy jóvenes tenían su medio de vida: Marifé montó un taller de corte y confección y Dora se sacó una plaza de maestra. En aquellos años, a mediados de los 50, la mayoría faltos de puestos de trabajo empezaban a emigrar primero a Venezuela y después a Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra. Se estaban dando cuenta de que se estaban quedando solas.

Fue entonces cuando a través de la parroquia del barrio se estaban buscando jóvenes con preparación para Australia y, aunque ambas ya tenían trabajo, pensaron que si otros se marchaban, ellas también.

Con mucho secreto hablaron con el párroco quien les recibió con muy buenas palabras pero, cuando le dijeron que eran hijas únicas, éste cambió su discurso diciendo que el no se hacía cómplice de semejante disparate, que como se iban a separar de sus padres... en fin, que dijeron adiós a su sueño.

Pasaron dos o tres años. Dora seguía con su escuela y Marifé con su taller. Un día esta última le dijo: Me voy, yo no sigo más aquí.

- ¿Pero a dónde te vas?.

- A Inglaterra, medio barrio está en Londres.

Dicho y hecho. En octubre cogió el tren para Londres. Llevaba más miedo que vergüenza; no hablaba nada de inglés. Las cartas menudeaban. Sus primeros trabajos no eran de su gusto pero al final del primer año se cambió al hotel en el que permanecería mientras estuvo en Inglaterra. Allí se sentía como en casa.

Una vez al año venía de vacaciones. Dora y ella pasaban unos días en la aldea marcados por los paseos en moto, ya que no era corriente ver a dos mujeres en Vespa.

Una primavera, en una de las cartas de Dora a su amiga le dijo que quería pasar el verano en Londres porque necesitaba practicar inglés para poder presentarse por libre en la Escuela de Idiomas en Madrid. La respuesta de Marifé fue que no se preocupase y que tendría trabajo en el hotel en el que ella trabajaba. Pero no fue todo tan sencillo.

Llegado finales de junio, Dora se embarcó en un pequeño transatlántico. La travesía duraría dos días y medio. Durante esas horas ociosas de travesía la conversación surge fácil, entonces fue cuando Dora se enteró de que para entrar en Inglaterra había que tener contrato laboral o una buena cantidad de libras para entrar en calidad de turista, y... ¡¡Dora solo llevaba su sueldo de tres meses en libras!!

Era sábado y Dora llegaba el domingo. Fin de semana, los bancos cerrados. Dora le envía un telegrama a Marifé diciendo: "Garantízame contrato o libras peligro retorno. Llego domingo 8 horas". El transatlántico llegó a Southampton y los policías ya a bordo revisaban sus pasaportes para otorgar o denegar el permiso de entrada. Como la necesidad agudiza el ingenio, Dora se reunió con otros compañeros de viaje que tenían su mismo problema de dinero para poder entrar.

La coartada fue muy sencilla. Con el dinero reunido de los cuatro y con el pasaporte fueron pasando el

control de policía quienes ponían una marca en la primera libra del montón, las demás quedaban intactas. Luego, lo único que había que hacer era rodear la cubierta y volver a entrar donde estaban los demás esperando para pasar por el control con el mismo fajo de libras una vez retirada la que marcaban. Recuperado cada uno su dinero, pudieron entrar como turistas. ¡Qué nervios!

Ya en el puerto no había rastro de Marifé. El barco se preparaba para zarpar de nuevo. Cansada de esperar, Dora cogió un tren a Londres y después un taxi al hotel. Llovía a mares y ella con ropa de verano. Con su inglés de libro, Dora encontró a un compañero de Marifé que sabía todo: Marifé había recibido el telegrama, había recaudado todo el dinero que pudo entre sus compañeros y hacía diez minutos que salió hacia Southampton. Como la espera iba a ser larga, Dora fue a la habitación de su amiga donde se quedó dormida. Cuando despertó, Dora comió dos huevos crudos que había en un cajón, por aquello de la debilidad. Marifé sin aparecer.

Sobre las nueve, alguien intentó abrir la puerta. Al conseguirlo, allí estaba Marifé mirando a Dora como si fuese una extraña. Pasada la primera sorpresa, se agarraron y Marifé empezó a llorar como una desconsolada. Dora no entendía nada.

- A ver, cuenta- dijo Dora.

Marifé había recibido el telegrama, recaudado todo el dinero y pedido el día libre. Pero el despertador no sonó y se quedó dormida. La respuesta de Dora fue que ella ya estaba allí y que no pasaba nada.

- Si, si que ha pasado- respondió Marifé. Es que no te he contado lo peor. Verás, en el puerto el barco ya se había ido y yo estaba segura de que estabas de vuelta a España por mi culpa. Y para acallar mi conciencia y poder mirarte a la cara, tiré el dinero que recaudé al agua.

- ¿¿Cómo?? ¿Qué tiraste el dinero al agua?- grito Dora

- Si- comentó Marifé entre sollozos- y no sabes como se balanceaba de un lado al otro.

- ¡Mi sueldo de tres meses!- respondió Dora

Luego se volvieron a contar las incidencias en clave de humor y entre risas y lágrimas se quedaron dormidas.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para Dora la vida ha sido escuela de aprendizaje con una actividad continua. Desde pequeña eso vio y eso le enseñaron sus buenos maestros, es decir, la gente de la que estuvo rodeada. Ella aprendió de los demás y espera que ellos también hayan hecho lo mismo de ella. Si no fuese de ese modo la vida, no la podría concebir.

En cuanto a si merece la pena vivirla por supuesto que sí, pero con unas limitaciones predeterminadas y siendo conscientes de ellas como seres inteligentes que somos, ya que desde que nacemos sabemos que tenemos la partida perdida. Considerando que este final de la vida es un sin sentido para Dora solo se justifica habiendo un más allá.

Las creencias religiosas o de ultratumba de las culturas mas antiguas forjan esta creencia en el más allá y confirman su existencia al imaginar una vida posterior con una resurrección o reencarnación.

Si no, ¿qué sentido tendría? Fiándonos de estas teorías sería indiferente el rol que te tocase vivir (rico-pobre, triunfador-perdedor, genio-ignorante, ...) dado que por medio de la reencarnación la vida tendría oportunidad de tratarnos a todos por igual y de que se hiciese justicia.